

contingencia; é inversamente, el determinismo mecánico encontraría su expresión en un mundo regido por la uniformidad y la necesidad.

No entendemos nosotros así el problema de la finalidad. La libertad y la espontaneidad suponen, es verdad, un cierto grado de contingencia, puesto que la libertad consiste en poder elegir los medios que no tienen, con el fin querido por el agente libre, más que una relación contingente; y la espontaneidad es la tendencia á un bien querido, y como consecuencia necesaria también conocido; no está, pues, sujeta á las leyes fatales del determinismo mecánico, sino que sigue las influencias caprichosas del sentimiento nacido en el sujeto á causa de una apreciación individual, y por lo mismo relativa, de las realidades exteriores.

Pero, aun cuando no hubiera en el mundo agentes dotados de espontaneidad y de libertad, subsistiría lo mismo el problema teleológico. «Los dientes se comprimen bajo el imperio de la necesidad, decía ya Demócrito; los de delante son cortantes y á propósito para desgarrar; los molares, al contrario, planos, y en condiciones para triturar los alimentos; ¿qué razón hay para ver en esto un fin intentado y no una simple coincidencia? En general, donde quiera que parece reinar la finalidad en un concurso de elementos, ésta no interviene para nada. Allí donde han coincidido todos los elementos exactamente, como si los hubiera reunido una adaptación intencional, los productos

son duraderos, debido á que el acaso les ha dotado de condiciones ventajosas para subsistir; al contrario, en las coincidencias menos felices, los productos han perecido y perecen, como lo dice Empédocles de los monstruos medio hombres y medio bestias» (1). Tal es, condensada por Aristóteles, la fórmula antigua del determinismo mecánico y del problema de la finalidad; de Demócrito á Darwin los términos esenciales del problema no han cambiado. Hay en la naturaleza coincidencias más ó menos felices, disposiciones más ó menos favorables; la talla de los incisivos para morder, la de los molares para triturar, son efectos que tienen sus causas eficientes; ¿pero qué necesidad hay de ver en esto, además, medios apropiados á sus fines?

Sin duda alguna, que las cosas son siempre el término de una serie no interrumpida de antecedentes y consiguientes, en esto convienen los finalistas; pero no es esta la cuestión, se trata de saber si la causalidad eficiente basta *por sí sola* para explicar la naturaleza en toda su amplitud y en la infinita variedad de sus aspectos. No se trata, en efecto, de presentar la alternativa entre las causas eficientes y las finales. El finalista admite lo mismo que el mecanicista la acción causal de los antecedentes, que por eficiencia producen los consiguientes; pero hay, añade el primero, tal orden en la naturaleza, que

(1) ARISTÓTELES, *Phys.* II, c. VIII. 2.^a ed. Didot.

no se explica ni pudiera existir sin los fines, en relación con los cuales ha ido la misma naturaleza disponiendo la acción de los antecedentes.

Aparentemente, no hay razón alguna *a priori* para que los setenta y cinco cuerpos simples de la química de nuestro globo se unan en combinaciones, cada vez más complejas y persistentes, hasta formar, en ciertas condiciones, primero una molécula albuminoide, después una mezcla de substancias albuminoides heterogéneas que constituyen el protoplasma dando origen á los organismos celulares, y finalmente un tejido orgánico que toma aquí la forma de incisivos y allí la de muelas para triturar, que se convierte en otra parte en tejido muscular contráctil y en alas de pájaro, ó en la trama complicadísima del órgano visual.

Cierto que nada tiene de extraño que el animal triture los alimentos, en el caso de que tenga dientes; que el pájaro vuele, si tiene alas; que el ojo vea, una vez que se le presenten los objetos iluminados; pero lo que no tiene explicación ninguna, lo que desconcertará siempre á todo el que se encierre dentro del dominio exclusivo de la causalidad mecánica, es que hayan podido producirse al acaso un diente incisivo ó molar, el ala de un pájaro, ó el órgano de la vista. En la naturaleza existen todos los materiales que entran en la construcción de nuestros edificios: ¿cómo es que la casualidad no ha hecho de ellos nunca un palacio? En la naturaleza existen también el oro, la plata, el cobre: ¿cómo es que las parti-

culas de estos metales nunca se han reunido para formar casualmente un aparato de relojería? Que apareciera levantado un edificio allí donde antes sólo habíamos visto piedras, arena y tierra mezcladas en confusión, ¿acaso dudaría alguno que aquello es obra de una mano inteligente? Y cuando las partículas metálicas aparecen formando una máquina de reloj, ¿quién se atreverá á dudar que allí ha intervenido una inteligencia?

¿Y cómo es posible que estos palacios naturales, como los nidos de las aves, las chozas de los castores, los panales de las abejas, y otras mil maravillosas construcciones de la naturaleza sean efecto de la casualidad, sin plan ni fin de ningún género? ¿Acaso son más inteligibles que las obras de la industria humana los complicadísimos mecanismos de los organismos vivos, tan admirablemente dispuestos para sus respectivas funciones? «Si la naturaleza tuviera que construir edificios, dice sabiamente Aristóteles, obraría á la manera de nuestros arquitectos y de nuestros albañiles; y reciprocamente, si el arte ó la industria pudieran reproducir las obras de la naturaleza, le bastaría al hombre con copiar los procedimientos de la naturaleza. Es muy razonable por consiguiente, atribuir á la naturaleza la finalidad de las obras humanas y reciprocamente» (1).

¿Y cuál es la naturaleza de la causa final?

(1) ARISTÓTELES, *Phys.* II, Cap. VIII, 4.

Desde luego no es ésta una *fuera* sobreañadida á las causas eficientes, como la entiende Boutroux, en donde tenga su razón de ser cuanto no pueda explicarse por los factores antecedentes de un efecto cualquiera. «Cuando los hechos anteriores rigurosamente observados bastan, dice éste, para explicar enteramente un fenómeno, la explicación es causal; y cuando, al contrario, no bastan los hechos pasados y hay que acudir á buscar la explicación en algo que aún no se ha realizado, que todavía no existe y que quizá no haya de realizarse jamás completamente, ó á lo más en lo porvenir, lo cual entonces únicamente se concibe como posible, la explicación es más ó menos finalista» (1).

Es muy de temer que semejante manera de hablar sea expuesta á equivocaciones. La causa final es «algo que no existe todavía», que «se concibe como posible», pero ¿y cómo lo que aún no existe podrá obrar, «ser causa»? Esta definición de la causa es aplicable cuando más á los fines *extrínsecos*, que el Ordenador supremo ha debido de tener presentes para regular la armonía de los seres en el conjunto del universo. Las verdaderas causas finales, aquellas por las que Aristóteles abogaba en su *Phisica*, son las causas finales *internas*, inmanentes á los seres de la naturaleza.

Descartes y Bacón no conocieron más que los fines extrínsecos, á los cuales hicieron objeto

(1) BOUTROUX, *De l'idée de loi naturelle*, p. 97.

de sus burlas; Leibniz consideró como substancias las causas finales, y cayó, por una consecuencia muy lógica, en los mismos obstáculos que sus rivales; es necesario volver al peripatetismo para hallar la verdadera noción de la finalidad inmanente de la naturaleza. Consiste ésta en una *impulsión primordial* que orienta toda la actividad del sér; en realidad, es la esencia misma del sér, en cuanto tiende toda ella hacia un término que es su fin. En virtud de esta inclinación final «*appetitus naturalis*», el sér, *que es uno*, se dirige y obra con todas sus fuerzas ó facultades en el sentido del fin fijado á su actividad.

La demostración de la filosofía finalista se funda principalmente en que, sin los principios de la finalidad interna, quedarían los seres y sus acciones abandonados á los caprichos del acaso; de donde se seguiría que el desorden en la naturaleza sería la ley, y el orden la excepción: precisamente todo lo contrario de lo que universalmente nos revela la experiencia.

Suponiendo, en efecto, que los elementos innumerables que entran en la formación de los mundos estelares, de nuestros continentes y de nuestros océanos, ó en la constitución del infinito número de especies vegetales y animales de nuestro globo, suponiendo que todo esto no llevara en su seno ningún principio de estabilidad y fuese todo ello producto exclusivo del acaso, es cierto que aún podría concebirse cierto equilibrio dinámico en el universo, toda vez que el

equilibrio depende tan sólo de las masas y de las distancias, y esta condición de las masas y de las distancias existe necesariamente, desde el momento en que existe la materia; pero fuera de este equilibrio y de sus leyes mecánicas uniformes, ¿á qué quedaría reducido el orden del cosmos?

El acaso también, es verdad, puede producir el orden, observa justamente Aristóteles; pero esto es únicamente por excepción, *in paucioribus*. Entre todas las combinaciones posibles de elementos cósmicos, sería infinitamente grande la probabilidad *a priori* de combinaciones caóticas y casuales, é infinitamente pequeña la de las combinaciones ordenadas; las anomalías y las excepciones serían, pues, la regla, y los tipos ordenados y armónicos la excepción. A cada paso se producirían en cantidad innumerable los agregados inestables, que al momento se disolverían; y en cambio, los compuestos permanentes aparecerían como casos extraordinarios y maravillosos.

Ahora bien: ¿qué es lo que nos muestra la experiencia? ¿y qué nos dice la ciencia? Todo cuerpo inorgánico sometido á la observación y al análisis aparece dotado de *propiedades* mineralógicas, físicas y químicas, que le caracterizan, y se encuentran las mismas en un número considerable de tipos de la misma especie; los tipos de cada especie tienen sus *leyes específicas*, y á través de las múltiples influencias, favorables unas y contrarias otras, de que es-

tos cuerpos dependen constantemente, las *especies* minerales y químicas perduran. ¿A qué hablar de los seres vivientes? El organismo más sencillo, solamente la célula nos ofrece una agrupación armoniosa y complicadísima de elementos y de fuerzas mecánicas, físicos y químicos, y cuya reunión y disposición compleja es indispensable á las condiciones de su organización. Las sustancias albuminoides son cuerpos por lo menos quinarios, donde entran en proporciones diversas el carbono, el hidrógeno, el nitrógeno, el oxígeno y el azufre; una molécula albuminoide encierra centenares de átomos; ¿cuál no será la complejidad de las composiciones protoplásmicas? Y ¿qué decir con más razón de la célula misma, de la multitud de elementos que componen su organismo? ¿Qué decir, con mayor razón todavía, de los organismos multicelulares, de donde han salido las infinitas especies, vegetales y animales, que han poblado y pueblan hoy nuestro globo? Y todos estos organismos verifican en cada una de sus partes un movimiento incesante de asimilación y de desasimilación; y el viviente se desenvuelve y multiplica, y este flujo de vida se prolonga á través de los siglos indefinidamente, sin que jamás el desorden venga á trastornar el mundo biológico.

Este concierto y armonía universales ¿serán por ventura obra de la casualidad? De nada sirve aquí decir, con el organicismo, que todo ello es un resultado de la organización; puesto que se trata de las condiciones de la organiza-

ción misma, de este conjunto armonioso y apropiado al funcionamiento de la vida que ella realiza, de su generalización en el espacio y de su perpetuidad á través del tiempo.

De nada sirve tampoco decir con Darwin, que las circunstancias que rodean á los vivientes los disponen favorablemente en uno ú otro sentido, y que los organismos se adaptan al medio y se fortifican progresivamente en la lucha por la vida; la teoría de la selección natural es sencillamente una petición de principio. De una parte, se afirma que el tipo en el cual van acumulándose gradualmente las disposiciones favorables que le adaptan al medio y le fortifican en la lucha por la vida, resiste á las influencias contrarias de este medio y lucha ventajosamente por la vida; mientras que por otra se da por supuesto que estas disposiciones, que le son necesarias para no sucumbir, no las ha adquirido. Se señala un número largo de años, y aun de siglos, para que la acumulación de modificaciones favorables, ayudadas de la herencia, pueda crear un órgano con una función nueva, útil ó necesaria. Pero, y entre tanto, ¿de dónde viene al viviente, antes de la creación del órgano, el poder de resistencia? Para resistir es necesario un punto de apoyo; y, por hipótesis, el punto de apoyo no existe todavía; ¿cómo un órgano podrá resistir antes de nacer?

Para la disposición ordenada y armoniosa, y para la constancia de los tipos orgánicos, lo mismo que para la existencia y permanencia de

los tipos específicos, sólo hay una explicación plausible: y es ésta, la existencia, en el seno de cada uno de los tipos específicos, de un *principio interno de estabilidad*, en virtud del cual todos los elementos y fuerzas de que disponen los seres toman respectivamente la dirección que reclaman la conservación, y el desenvolvimiento del conjunto.

Tales son los principios internos de estabilidad, que los filósofos de la Edad Media llamaban con Aristóteles formas específicas, ó formas substanciales específicas de los compuestos de la naturaleza. Lo que en el orden de la constitución de los seres se llama forma específica, equivale en el orden de la finalidad al principio interno que los impulsa á obrar, inclinándolos con todo su peso hacia el fin, que el autor de la naturaleza ha asignado á su actividad.

El principio de finalidad no añade fuerza alguna á las fuerzas eficientes, ni está destinado á explicar la producción de efectos contingentes que pudieran aparecer incompatibles con la eficiencia de las leyes fatales; es el complemento obligado de aquéllas, inmanente en la naturaleza misma, en virtud del cual el principio fundamental de eficiencia y todas las fuerzas ó facultades que de él derivan se hallan en condiciones de realizar su actividad.

Existe, pues, entre la causa eficiente y la final una dependencia real y reciproca. El principio eficiente es causa del fin, porque éste hace que el principio sea causa del mismo; y el fin,

á su vez, es causa de la eficiencia, porque ésta no se produce si no es para realizar el fin; el agente recibe, por tanto, del fin su poder de eficiencia (1).

Negar la realidad de estos principios internos, equivale á sustituir la explicación racional de los hechos por una palabra mágica que nada explica, el acaso; ó, de lo contrario, á buscar en una causa extrínseca, y en su intervención á cada momento en la producción de todos los fenómenos creados, la razón inmediata de la existencia y conservación del orden de la naturaleza. La historia confirma estas deducciones. El ocasionalismo de Malebranche y de Leibniz, que sustituye la acción inmediata de Dios á la acción de las causas segundas; las teorías darwinianas, reproducción de la teoría del acaso de Demócrito y Empédocles, brotaron de la física antifinialista de Descartes y de Bacon, como la explosión resulta desubstancias explosivas lentamente acumuladas.

(1) *Efficiens est causa finis, finis autem causa efficiens. Efficiens est causa finis quantum ad esse quidem, quia movendo perducit efficiens ad hoc quod est finis. Finis autem est causa efficiens non quantum ad esse, sed quantum ad rationem causalitatis. Nam efficiens est causa in quantum agit; non autem agit nisi causa finis. Unde ex fine habet suam causalitatem efficiens.* (S. THOMAS, in V *Metaph. lect. 2*).— Puede leerse sobre este punto el hermoso estudio de M. D. MET DE VORGES, *Cause efficiente et cause finale*, publicado en los *Annales de phil. chret.*, p. 130 y sig.— Véase también P. DE REGNON, *La Métaphysique des causes*, lib. VI, c. III.

CAPÍTULO VII

Crítica de los principios positivistas.

Lo sensible constituye el objeto único del conocimiento; por manera que lo no sensible ó suprasensible debe para nosotros ser sinónimo de no real. Tal es la doctrina fundamental de los positivistas al erigir en principio, con Stuart Mill, que el espíritu humano no tiene más modos de pensar que uno: «el modo de pensar positivo»; lo que quiere decir en lenguaje vulgar, que el hombre no tiene más medios de conocer que por los sentidos.

Todo el problema positivista se encierra en esta proposición fundamental: Lo sensible constituye la esfera toda del conocimiento; el hombre ignora, por constitución de su propia naturaleza, lo que traspasa el orden empírico.

Esta proposición es un postulado sin razón alguna que le justifique. Ciertamente que los primeros materiales de todos nuestros conocimientos proceden de la experiencia sensible, externa ó interna; y ya anteriormente hemos sostenido esta misma doctrina, oponiéndola á las teorías inna-